

UN ESPÍRITU PARA LA DEMOCRACIA

ANTONIO COMÍN

Barcelona

La modernidad occidental tuvo dos hijos que han marcado la historia de los tres últimos siglos, no sólo en Occidente sino a lo largo y ancho del mundo. Por un lado, nacieron las ideologías políticas y sus utopías, que soñaban una sociedad justa de libres e iguales en la que todos fueran ciudadanos con derechos inalienables. Por el otro lado nació el capitalismo, un proyecto de prosperidad material, de desarrollo técnico y dominio de la naturaleza. Parece como si el siglo XX haya sido el siglo del triunfo del capitalismo y la derrota de las ideologías. Ha sido el siglo -nos han dicho- del fin de la historia.

Una historia que ya sabemos

Las ideologías empezaron su derrota cuando demostraron que traían lo contrario de lo que prometían. El liberalismo, el primer sueño moderno, un sueño de libertad respecto de cualquier tiranía política, económica, ideológica o religiosa, dividió la sociedad en dos clases enfrentadas. Cuando el socialismo lo denunció, el liberalismo, timorato y mediocre, se echó en manos de la barbarie nazi y fascista, que es en realidad su más radical negación. La libertad sin la igualdad acaba cayendo en el totalitarismo de derechas.

El socialismo, el sueño más bello de la modernidad, al querer corregir los defectos del sueño liberal enfrentándose a él, renunció a la libertad, y con ello cayó en la pesadilla estalinista. El socialismo es un sueño de igualdad, de cooperación y de realización de todos en una sociedad reconciliada y sin clases. Pero cuando la igualdad se construye prescindiendo de la libertad, acaba cayendo en el totalitarismo de izquierdas, que es simple y llanamente la negación del socialismo.

Sin embargo, estas dos utopías sociales no dieron sólo el estéril fruto totalitario. De la síntesis o el equilibrio entre ambas surgió la democracia. Ésta sería el fruto más fecundo de las utopías sociales de la modernidad. Cada una por separado, trajo el terror, pero mezcladas han traído una democracia que, en principio, dice garantizar los derechos humanos -derechos cívicos y políticos, y derechos económicos, sociales y culturales- mejor que ningún otro sistema. Así, el advenimiento de la democracia, en el siglo XX, más bien debería ser visto como el del triunfo de las utopías sociales, y no el de

su fracaso. Sin embargo ¿nos atreveríamos a decir que la democracia es efectivamente la realización del sueño ilustrado? Parece que no.

La contradicción entre capitalismo y democracia

Más que de democracia, quizás habría que hablar de democratización. Pero de todas maneras, muy lejos está la democracia actual de satisfacer los ideales ilustrados. ¿Por qué? La respuesta es simple: la democracia comparte el terreno de juego con el capitalismo. Éste es la negación de los ideales de la ilustración. Y va ganando.

La democracia y el capitalismo son incompatibles porque éste es una manera no democrática de organizar la economía. El capitalismo no organiza la producción y la distribución de la riqueza en base al derecho de ciudadanía sino en base al derecho de propiedad. Los pobres sólo dejan de ser pobres siempre que eso haga más ricos a los ricos. Quizás el capitalismo pueda tener éxito en la erradicación de la pobreza absoluta, pero apenas puede tenerlo en la erradicación de la pobreza relativa, porque siempre tenderá a incrementar las diferencias sociales, si no viene alguien y lo remedia.

Ese alguien vino, ya lo sabemos. Fue el Estado. El Estado del bienestar, desde fuera, intentó corregir la desigualdad inherente al capitalismo. Fue el instrumento de la democracia para intentar cumplir sus promesas de justicia. Con su equilibrio entre Estado y mercado representaba un cierto empate entre estos dos contrarios que son la democracia y el capitalismo. El terreno de juego estaba compartido, y nadie acababa de ganar del todo.

El modelo funcionó mientras democracia y capitalismo eran de escala nacional. Con el fin de la guerra fría y la revolución tecnológica, el capitalismo se ha hecho global, pero las democracias siguen siendo nacionales. Esta desproporción ha deshecho el empate: una pluralidad de Estados-nación no pueden corregir la desigualdad que genera un único capitalismo global. Este cambio de milenio, ha realizado una utopía: no la de la democracia universal, sino del mundo organizado como mercado.

La razón y los ídolos

¿Por qué le ha sucedido esto? Acudamos un momento al viejo Kant. Él dividía a la persona en dos partes: por

un lado la razón, por el otro las pasiones e intereses. La democracia sería, digamos, el proyecto de la razón, esa razón que los frankfurtianos llamaron luego la “razón emancipatoria”: un proyecto de justicia y libertad universales. El capitalismo sería el proyecto de las pasiones e intereses, que ponen la “razón instrumental” a su servicio: un proyecto de dominio y de poder.

¿Cómo hacer para que la razón pase por delante de las pasiones e intereses? ¿Cómo conseguir la que sea la “razón emancipatoria” la que organice la tierra, y no la “razón instrumental”? ¿De qué manera podría la razón de la justicia sobreponerse a la fuerza del poder? Kant, y la modernidad, responden: la justicia se hará en nombre de la razón, esto es, la razón por sí misma se impone si queremos que los humanos sean verdaderamente tales. Bien, pero ¿y cuando los hombres prefieren renunciar a su humanidad? Porque esto es lo que vemos a cada rato.

La justicia exige respeto a los derechos del otro, más todavía que reivindicación de los propios. El sacrificio a favor de los derechos del débil: éste es el sentido más profundo de la democracia. Pero el débil no devuelve nada a cambio. La justicia, por lo tanto, se hace a cambio de nada. “¿Dónde podemos hallar la energía para un acto sin contrapartida?”

La razón no tiene una energía propia. Las pasiones y los intereses, sí. Por eso, la justicia, cuando se fundamenta exclusivamente en la razón, acaba derrotada.

La razón no tiene una energía propia porque no tiene respuesta ante los límites de la vida. La razón no puede decir por qué hay vida, por qué existe el ser y no más bien la nada. No sabe qué decir ante el hecho evidente de la muerte. Ante este vacío, las pasiones y los intereses levantan ídolos: poder, riqueza, técnica, fama, placer... Los ídolos son medios, que se absolutizan y se convierten en fines. Proclaman falsas promesas de plenitud: nos hacen creer que nos harán felices, que llenarán el vacío que pone la muerte ante nosotros. Por esto, para alcanzar la felicidad, los más fuertes sacrifican en su altar a los más débiles. Convierten a los humanos, que son los únicos fines verdaderos, en medios de unos medios que se han convertido en falsos fines.

Una fuerza de elevación

Sin embargo, a la hora de la verdad, los ídolos nunca cumplen: no nos hacen felices. Lo que sí consiguen es un espejismo. Y es esta atracción la que hace sucumbir a la razón, que, para imponerse necesita de una fuerza de elevación, distinta de sí misma, que le permita resistir la gravedad de las pasiones y los intereses. Y esta fuerza tiene que dar algún tipo de respuesta a la cuestión de

los límites de la vida, al enigma de la muerte. De esta fuerza nos ha hablado constantemente la historia de la humanidad, desde las más ancestrales culturas y tradiciones espirituales hasta nuestros días. El nombre que le dio la tradición cristiana es el amor o la caridad.

La fuerza del amor es la fuerza de la debilidad. Es la fuerza que necesita la razón para cumplir sus proyectos y sus promesas: el amor es el único espíritu donde puede reposar la justicia. El nombre político del amor es “fraternidad”. Sin embargo, diríase que no puede haber fraternidad sin cierto sentido de la filiación. La tradiciones religiosas –quizás la cristiana la más explícita de entre ellas– nos explicarían aquí que hay que sentirse amados como hijos para poder amarse como hermanos.

El mundo religioso cometió el grave error, imperdonable, de no comprender que la caridad tenía, por encima de todo, una dimensión social y política. Pero la Ilustración cometió el error contrario: quiso fiar totalmente la justicia a la fuerza inexistente de la razón, y por esto fracasó. Por esto la democracia, al basarse exclusivamente en una razón que se creyó autosuficiente, ha caído bajo el peso del capitalismo. Por esto la utopía realizada de la modernidad no ha sido la utopía de la democracia universal, sino la utopía capitalista de los intereses y las pasiones. Un mundo donde gana siempre el más fuerte, o el más listo.

Del trilema ilustrado, la razón apela a la democracia, a la libertad y a la igualdad. El amor –políticamente comprendido– apela a la fraternidad. Así, lo que queremos decir es esto: que no se puede construir la democracia sino es en base a la fraternidad. La ciudad justa de libres e iguales sólo se hace realidad cuando la libertad y la igualdad se fundan en la fraternidad. La tercera palabra del trilema encierra el secreto, o mejor, el espíritu que ha de hacer posibles las otras dos. Si los hijos de la Ilustración no recuperan la caridad, nunca podrán cumplir las promesas ilustradas.

En nombre de la fraternidad, pues, recuperamos el derecho a las utopías sociales que el fin de la historia nos había arrebatado. En su nombre, podemos reencontrar el camino adecuado para que la democracia derrote al capitalismo. Quizás el capitalismo fue más fuerte, efectivamente, que las utopías sociales de la modernidad. Pero la caridad es especialista en volver a reabrir la historia, en hacer que empiece de nuevo una y otra vez. Se trata de retomar la fraternidad como principio básico desde el cual organizar el mundo. En estos tiempos finales de la historia, se nos hace un poco extraño que la fraternidad nos devuelva el derecho –y, de hecho, nos exija el deber– de volver a hablar de utopías.